

Micaela Victoria Potes
Guillermo Javier Filet Larrea

Pontificia Universidad
Católica Argentina

“Mejor pues que renuncie quien no pueda unir a su horizonte la subjetividad de su época” (Lacan, 1953/2010, p. 308).

Si bien la clínica psicoanalítica se centra en el sujeto, la familia y el contexto han ocupado un lugar de relevancia desde los comienzos del psicoanálisis mismo. Son conocidas las obras de Freud en relación con esta temática, como, por ejemplo, “La novela familiar del neurótico” (1909[1908]/2003), “Análisis de la fobia de un niño de cinco años” (1909/2005), “Tótem y Tabú. Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos” (1913[1912-13]/2005), “Lo ominoso” (1919/2003), “El malestar en la cultura” (1930[1929]/2004) y “Moisés y la religión monoteísta” (1939[1934-38]/2004). No obstante, se encuentran referencias previas sobre la familia, en los primeros escritos de Freud, principalmente en aquellos acerca de la histeria, como por ejemplo, “Histeria” (1888/2004), “Fragmentos de la correspondencia con Fliess” (1950[1892-99]/2004), “Estudios sobre la histeria” (1893/2006) y

“La herencia y la etiología de las neurosis” (1896/2005), entre otros.

En “Fragmento de análisis de un caso de Histeria”, Freud (1905[1901]/2005) recomienda “prestar atención a las condiciones puramente humanas y sociales de los enfermos (...). Pero sobre todo nuestro interés se dirigirá a las relaciones familiares (...) no sólo debido a los antecedentes hereditarios (...) sino de otros vínculos” (p. 18).

La familia es el lugar en donde se instituyen las regulaciones de los lazos de los sujetos; en donde se fundan las identificaciones; en donde se despliega y se transmite la palabra, los ideales; es el lugar de la cultura, del Otro. Lo que Freud (1909[1908]/2003) denominó “novela familiar del neurótico” alude a “cómo cada sujeto ha interpretado esa fórmula entre el padre y la madre, y cómo -a partir de qué traumatismo- escribe su propia historia en esa trama, qué posición subjetiva resulta de la significación de ese parentesco biológico” (Lijstinstens, 2006,

p. 2). Los significantes que han marcado a un sujeto, que han dejado huellas en la constitución de su vida psíquica, personifican, de cierto modo, a la familia en la palabra del analizante.

Asimismo, al hacer alusión a la familia, es preciso considerar el contexto sociohistórico y cultural en el que ésta se halla inmersa, pues las transformaciones que se producen en el mismo repercuten en la constitución y en el funcionamiento de la otra, y viceversa. Se plantea una imposibilidad ante el intento de disociar familia y sociedad, ya que existe una bidireccionalidad entre ambas. En este sentido, cabe mencionar que la familia de los tiempos de Freud, de la época victoriana cuya moral se caracterizaba por el “está prohibido gozar”, de los tiempos del Otro que existe y tiene su consistencia, no es la misma que la familia de los tiempos actuales. En aquel entonces, el padre ocupaba un lugar central, posicionándose como signifi- cante amo de la familia con relación a la mujer e hijos, ordenando y garantizando su funcionamiento.

Es la época del padre (...) el que tiene sus títulos y el que regula, de una u otra forma, el goce. También es una época en la que priman las sorpresas del inconsciente por sobre los desarreglos del goce (Sánchez, 2006, p. 8).

Vattimo (1990), sitúa la posmodernidad hacia fines del siglo XX, época en la cual los medios de comunicación masiva y el incipiente desarrollo de las tecnociencias desempeñan un rol fundamental en la transformación de los vínculos sociales y la subjetividad de los individuos.

La posmodernidad marca la superación de la modernidad dirigida por las concepciones unívocas de los modelos cerrados, de

los dogmas, de fundamentos consistentes, dando lugar a la tolerancia y a la diversidad. Es el cambio de pensamiento unívoco, metafísico, de las cosmovisiones filosóficas bien perfiladas, de las creencias verdaderas al pensamiento débil, a una modalidad de nihilismo débil, a un pasar despreocupado por valores existenciales e individualistas (Vogler, 2015, p. 90).

A su vez, Lacan (1938/2016), en “Los complejos familiares en la formación del individuo”, vislumbraba que la forma actual de la familia es el resultado de una transformación profunda: su extensión se redujo y su estructura se tornó más compleja. Según Sinatra (2013) la época actual se caracteriza por la feminización del mundo, resultado de la secuencia: caída del padre-declive de lo viril-feminización del mundo. Se trata de tres peldaños de una misma cadena que se inicia a fines del siglo pasado con la caída del padre. Según Willington (2009) Lacan plantea la tesis de la declinación de la función paterna como nodal para entender el malestar en la cultura. En lo que respecta al segundo momento, Zack (2011) afirma que, como consecuencia del ocaso del padre, surge “una nueva forma de subjetividad, y por añadidura una nueva forma de inscribir la diferencia sexual” (p. 1), ligada a la declinación -que se produce en algunos hombres- en el deseo de sostener y ocupar la función paterna. En lo referente al momento actual de nuestra civilización, Sinatra (2015) afirma que se produce a partir del logro de la igualdad de derechos en distintos planos (laboral, social, político, entre otros) y que se trata de

la predominancia de la política de la sensibilidad -considerada como un rasgo femenino -frente al tradicional imperio de la

razón- asociada con lo masculino; o sea, de la promoción de la “sensibilidad femenina”: privilegio del detalle, de la capacidad de escucha, de la intuición (p. 31).

Como sostienen Miller y Laurent (1996-97/2010), la época actual es la época del Otro que no existe. La inexistencia del Otro inicia la época de los comités, en los que todo se debate, pues al no haber discurso del Otro, y con la pérdida de la confianza en los significantes amo, en su lugar solo queda conversar, discutir, deliberar y charlar -o cuando no *cha(rla)tear-*. Ello propicia una imposibilidad de sostener el “*para todos*”, resultado del imperativo contemporáneo: “Hay que discutirlo” (Miller, 1996-97/2010, p. 90). Si desde la antigüedad la libertad acentuaba la comunidad y los fines colectivos, en esta época la libertad es el equivalente del individualismo, donde quedan de lado los fines colectivos y en su lugar surgen los goces privados. Hay “parcialidad, escepticismo sobre lo verdadero, lo bueno, lo bello, sobre el valor exacto de lo dicho, sobre las palabras y las cosas, sobre lo real. Y esto sin la seguridad de la Idea, la tradición o el sentido común” (Miller, 1996-97/2010, p. 10).

Si el Otro no existe, no existe como punto de basta, ocupando su lugar el discurso como principio del lazo social. En “Televisión” (1973/2016), Lacan sostiene que el discurso capitalista es el principal responsable del malestar en la civilización. Ello se debe a que los objetos de consumo que éste hace proliferar llevan a la renuncia del deseo y no a la particularización del goce.

Los individuos se constituyen en “Todos consumidores”, que se corresponde con el ascenso al cenit social del objeto a, lo que conduce hacia el sin medida, siguiendo un ciclo de consumo acelerado, en el que,

paradojalmente, los individuos terminan absorbidos como objeto de consumo (Romy, 2015, p. 74).

Bauman (2013) caracteriza a la sociedad actual como una sociedad de consumo, en la cual se opera una reducción de los sujetos a objetos, en donde la cultura misma se convierte en un reservorio de bienes que se conciben para ser consumidos.

El suministro perpetuo de ofertas siempre nuevas es imperativo para incrementar la renovación de las mercancías, acortando los intervalos entre la adquisición y el desecho a fin de reemplazarlas por bienes “nuevos y mejores” (...) La función de la cultura no consiste en satisfacer necesidades existentes sino en crear necesidades nuevas, mientras mantienen aquellas que ya están afianzadas o permanentemente insatisfechas (pp. 20-21).

En este sentido, Miller (1996-97/2010) sostiene que otro imperativo de esta época es “debes satisfacer al consumidor”, generando en él, atracciones, anhelos, produciendo la falta-en-tener, aun cuando se tratase de objetos inútiles. En esta época de desamparo, de sociedades deliberantes, el S1 se convirtió en el Ideal, motivo por el cual, Lacan escribía como significativo amo del discurso capitalista al sujeto barrado mismo, poniendo en evidencia la vacuidad del sujeto y su autorreferencia (Miller, 1996-97/2010). En el intento de tapar un agujero, de llenar un vacío estructural imposible de ser llenado, el consumo torna voraz al deseo, mientras que la espera de la satisfacción se hace intolerable y dolorosa, proliferando, en consecuencia, las satisfacciones fugaces, las soluciones instantáneas, listas para usar y de corta duración, en un mundo donde lo efímero es ley (Botto, 2008;

Lijstinstens, 2015; Vogler, 2015). El discurso capitalista crea productos, objetos para ser consumidos, que buscan llenar este vacío, dar un marco a los síntomas de los sujetos y una continuidad en su goce. Ejemplo de ello son las redes sociales y las aplicaciones, las cuales funcionan de escenario de la cultura contemporánea, caracterizada por sujetos entrapados en sus propios goces, que responden al imperativo de la época: "¡Goza!". Estos gadgets creados por el discurso capitalista permiten ordenar algunas modalidades de goce que en otra época estaban orientadas por el Ideal o eran rechazadas en función de éste. De esta manera, en la actualidad encontramos una aplicación para cada goce, cada una de las cuales promueve la conectividad a expensas de la desconexión del Otro, creando en el sujeto la ilusión de intercambio, sumergiéndolo en una "soledad acompañada" (Anzalone, 2015; Battista, 2015). El sujeto *parece* nunca estar solo pues siempre se encuentra en *línea*, sea a través de Facebook, Instagram, Snapchat, Whatsapp, o cualquier otra aplicación que las tecnociencias ponen a su servicio, pero lo hace manteniéndose a salvo del encuentro - que lo remitiría al imposible de la relación sexual-, en una satisfacción solitaria con sustracción del cuerpo (Stiglitz, 2015). En el siglo XXI, hablar cobra un nuevo significado: chatear. De este modo, lo simbólico tiende a quedar al servicio de la imagen. "La imagen que proyecta el yo es el capital más valioso que posee cada sujeto" (Sibila, 2009, p. 5), dado que ello le permite confirmar su existencia, su estar-en-el-mundo, su ser-alguien. Por tal motivo, existe una tendencia a hacer del propio yo un show, un espectáculo de la intimidad, con el consecuente derrumbe de las fronteras que separaban al

ámbito privado del espacio público. En estos tiempos de hipertrofia del registro escópico, donde solo existe lo que se ve, el discurso de la ciencia promete al ser humano el poder verlo todo.

Es precisamente en este contexto que se ha descrito, en el que ha de comprenderse a la familia contemporánea. Como consecuencia de la mayor pregnancia del discurso capitalista, la búsqueda desenfrenada de la productividad y el empuje al consumo, se han producido una serie de transformaciones de diversa índole. El ingreso de la mujer en el ámbito laboral puso en cuestión el orden familiar: marcó el fin del poder patriarcal imperante durante siglos; produjo cambios en el reparto de lo masculino y lo femenino (Fleischer, 2006), y con el surgimiento de la igualdad de derechos, los roles se tornaron indiferenciados. Ante esta nueva realidad, la autoridad trastabilla y las fronteras intergeneracionales se borran y se negocian. Vogler (2015) afirma que es precisamente ante la caída del lugar de los padres como autoridad válida, que los niños y jóvenes se vinculan con la tecnología haciendo del mundo virtual su modo de vida. Los progenitores priorizan su desarrollo individual y profesional; sus vidas ya no giran únicamente en torno a sus hijos. Se comienza a valorar el trabajo fuera de la casa en detrimento del trabajo dentro de ella: del cuidado de los hijos y de las tareas domésticas. Según Lijstinstens (2015), el Otro parental queda obnubilado ante esta ambición narcisística encontrando en la búsqueda de su felicidad una justificación a su actuar.

Es sabido que los síntomas de la familia en el ámbito social y los síntomas individuales están estrechamente articulados. En este sentido, Lacan (1938/2016) afirma que

la declinación de la imago paterna se haya vinculada con la mayoría de los síntomas que presenta el niño, por ello es preciso dar importancia al entorno familiar a fin de saber a quién(es) se identifica(n). Ejemplo de ello, son tres fenómenos característicos de nuestra época: 1. Familias reconstituidas. La función paterna se complejiza debido a la presencia de al menos dos figuras masculinas: el genitor y la(s) pareja(s) de la madre; 2. Familias homosexuales. El niño se encuentra ante la ausencia de, por un lado, un vínculo directo entre filiación y procreación, y por el otro, de una relación intrínseca entre la diferencia sexual y la paternidad/maternidad; 3. Inseminación artificial. Con la modificación del anonimato del donante, y el empuje resultante de un cientificismo delirante que caracteriza a nuestra sociedad, es posible determinar con total fiabilidad la paternidad biológica, alterando la asimetría clásica entre *mater certissima* y *pater semper incertus* (Berenguer, 2006). De este modo, las mujeres pueden dispensar de la figura del hombre y del acto sexual para la concepción, convirtiéndose los hijos en una oferta de mercado más, en un objeto más de la cultura (Baptista, 2006). Como sostiene Sibila (2006), los cuerpos se convierten en mercancías susceptibles de ser compradas, alquiladas, vendidas y descartadas. Estas familias ponen en evidencia "la disyunción del padre real y de la función simbólica, de las cuales ya no es ni el soporte ni la garantía" (Cottet, 2006, p. 3), y reflejan la discrepancia entre la transmisión del ideal, del nombre o del significante de la identificación, y el agente de esta transmisión que ya no siempre es el padre de la familia, cuando no es inexistente. Estas transformaciones revisten significación clínica, pues un análisis impli-

ca pasar de los nombres de familia a un encuentro con el nombre propio, con el rasgo más singular, con la invención de la que el sujeto se sirve para armar su relato, abriéndose interrogantes acerca de los efectos que estas nuevas formas que ha adoptado la familia tendrán en la constitución del psiquismo. Ante la pregunta por el deseo del Otro, el sujeto construye como respuesta su fantasma, el cual, a su vez, le permite sujetar el goce para sosegarlo. En el fantasma se pueden rastrear las determinaciones de la familia, a través de significantes privilegiados, mitos imaginarios. En un análisis se trata de ubicar qué de la familia se juega en el fantasma -lo más familiar para el sujeto-, para desde allí poder encontrar lo no familiar, lo más singular del sujeto, en su modo de goce y en la causa de su deseo. Es decir, ir de lo familiar a lo singular.

En síntesis, en los tiempos del Otro que no existe, se observa una carencia del padre, cuya personalidad está ausente, humillada, dividida o es artificial. La familia ha cambiado de forma, de tamaño, de estructura, de normas en la medida en que ha sido atravesada por diversos cambios sociales, económicos y políticos. En una sociedad caracterizada por la superficialidad de los vínculos, un aumento del individualismo, la fragilidad de los ideales, la tendencia a la propia satisfacción, la estabilidad de los vínculos familiares se torna dificultosa en las formas marcadas por cierta tradición. Se impugna el pasado, se enaltece el presente y ante el desasosiego que produce el futuro, las personas buscan soluciones instantáneas, fugaces, recurriendo al consumo continuo de objetos. Estos gadgets que las tecnociencias comandadas por el discurso capitalista ponen a su disposición, operan

como un tapón de la castración, un vano intento de subsanar las fisuras subjetivas. Este nuevo paradigma conduce a la anulación de la singularidad del sujeto, a un individualismo en masa, cuyo trasfondo es la *soledad generalizada*. Es el compromiso ético del psicoanálisis contraponerse a los avances técnico-científicos cuando, hermanados con

el discurso capitalista, convierten a los hombres en objetos consumidos/consumidores, y ello, sin perder de vista el reordenamiento que se opera de los tres registros: el predominio de las imágenes, el debilitamiento de lo simbólico y el desorden de lo real.

